

EL
SEGUNDO
NOMBRE



RAMSEY CAMPBELL

Daniella Logan, la hija de un productor de cine, queda traumatizada al ver a un grupo de hombres realizando un ritual sobre la recientemente removida tumba de su padre. Los amigos del padre de Daniella, políticos, magnates de la comunicación, actores de presupuestos desorbitados, cirujanos de altos vuelos, oficiales superiores de la policía, y muchos más están vinculados a un pacto impío de sangre que exige el sacrificio de su hijo primogénito. Ahora, cuanto más aprende, más se da cuenta de que ella es un objetivo. Pero no debe ser silenciada, porque no es la única primogénita en peligro, solo es la mayor.

Para Chris y Geoff — aquí vuelve este viejo carca-
mal

Agradecimientos

La idea subyacente de esta historia se la debo a *Un altar en las cumbres*, de Patrick Tierney, y en particular a sus conversaciones sobre el tema con el intelectual hebreo Hyam Maccoby, que me condujeron al excelente libro del propio Maccoby. No obstante, los pilares de *El segundo nombre* se asientan sobre el trabajo de mi editora, Melissa Ann Singer, que me envió el epistolario editorial más minucioso y perspicaz que he recibido desde que, cuarenta años atrás, August Derleth me enseñara a escribir. ¿Aparece aquí mi hija Tammy? Aparece su paso por York, sin embargo puede que me haya tomado ciertas libertades con el plan de estudios universitario.

Cuando la isla emergió del horizonte bajo el resplandeciente cielo azul, Daniella ya había perdido la cuenta de cuántas veces se había obligado a sí misma a dejar de desear encontrarse en cualquier otra parte. Antes incluso de haber perdido de vista Atenas, el mar había comenzado a revolverse y a zarandear la pequeña y maloliente embarcación, y de eso hacía ya más de una hora. Al clavar la mirada en el horizonte se convenció de que todavía quedaba un lugar en el mundo que permanecía tan inmóvil como deseaba que lo estuviera el almuerzo del avión. Se agarró fuerte con ambas manos a la empapada barandilla de la proa y se dijo que todo aquello debía terminar: el penetrante olor del combustible mezclado con el humo del puro del barquero, la quemazón que le provocaban en los ojos los reflejos del mar, las ráfagas de viento salado que le fustigaban los brazos desnudos, que ya le dolían por los rayos de sol, los cuales se adherían a su rostro como una máscara ardiente. Una hilera de barcos muy similares al suyo había empezado a desfilar a lo lejos, y una mancha tan blanca como la corona de las olas se alzó más allá de ellos.

—Nektarikos —dijo el barquero.

Daniella supuso que el hombre se refería a la isla. Era lo primero que este le decía desde que había subido a bordo. La mancha blanca destacaba sobre los retales de color verde, y entonces Daniella pudo darse cuenta de que se trataba del pueblo que se levantaba en la cumbre de la isla. Intentó no volver a marearse mientras se iba perfilando la isla, de la cual sobresalía una plataforma rocosa que daba forma a la bahía. Mientras la embarcación pasaba por la izquierda de la hilera de barcos azotados y los pescadores hablaban en griego a gritos con el barquero, Daniella distinguió unos edificios al pie de la descolorida isla. Unas largas y lentas olas empujaban la embarcación hacia lo que parecía un puerto de juguete, mientras su estómago y su cabeza se arriesgaban a recordar la sensación de quietud. Cuando el barco se arrimó a un desembarcadero al que le

faltaban algunos tablones, Daniella solo necesitó tragar saliva una vez.

Un sendero tan blanco como los guijarros de la playa se extendía por delante de una piña de tabernas; fuera de una de ellas había un hombre gordo, desnudo de cintura para arriba y empapado en sudor, raspando la parrilla de una barbacoa. El sendero desaparecía cuesta arriba, entre unas bajas casas blancas sin adornos, para después reaparecer bajo un olivar. El barquero saltó con destreza al desembarcadero y enrolló la gruesa amarra a un poste astillado antes de tenderle una enorme y peluda mano a Daniella. Apenas había cogido su chaqueta y su pequeña maleta cuando el barquero la subió sobre las temblorosas tablas de un tirón tan enérgico que su cerebro tardó unos segundos en recuperar el equilibrio. El hombre la soltó y echó a andar en dirección a las tabernas; Daniella caminó tras él con toda la rapidez que le permitía aquel nuevo mareo.

—¿Nana Babouris? —le preguntó.

Fuera lo que fuera aquello que el barquero le respondió, lo aderezó con un rápido movimiento de la mano izquierda para señalar al pueblo.

—¿Quiere decir que voy a tener que andar? —gimió Daniella.

El hombre se rascó su rizada y canosa barba y se encogió de hombros. Daniella tenía la sensación de que tendría que caminar cuesta arriba durante al menos un kilómetro y medio, idea que le reseca la boca. Estaba sedienta y echó a caminar penosamente tras él con la esperanza de que su dinero inglés pudiera proporcionarle una botella justo antes de oír un chirrido de frenos y ver una nube de polvo levantarse sobre los árboles más altos.

—Babouris —le anunció el barquero con una sonrisa que dejaba ver la colección de mellas que reunía entre sus escasos dientes.

Una algarabía de chirridos de neumáticos precedió a la llegada de un deportivo que, de no haber sido por toda la

suciedad que lo cubría, sería plateado. El chófer ocultaba los ojos tras unas gafas de sol envolventes. Daniella corrió tras el barquero por el camino de guijarros desiguales cuando este le cogió la maleta y empezó a caminar hacia el coche. Tuvo que apoyarse en la puerta del pasajero mientras el hombre tiraba el bulto en el maletero.

—¿Le importa si bebo algo para el viaje? —le preguntó Daniella al chófer.

Este enarcó sus erizadas y rojizas cejas, descoloridas por el polvo del camino, y abrió sus enormes manos en señal de incompreensión; Daniella se lo hubiera explicado por gestos si el barquero no le hubiera abierto la puerta cuando se soltó de él.

—Babouris —repitió el barquero con amabilidad.

—Babouris —confirmó el chófer.

Nana le daría toda el agua que quisiera. De repente, la joven deseó estar con alguien con quien poder hablar. Se sentó, aunque solo para levantarse disparada y boqueando por el calor del cuero blanco. A pesar de los pantalones recién planchados y de la camisa limpia, el conductor desprendía tal olor a sudor que a Daniella le volvió a entrar el pánico. Ya no había nada que temer, se dijo a sí misma cuando el conductor formó una V con los dedos y los acercó tanto a los ojos de Daniella que esta pudo ver hasta el menor surco de las yemas de sus dedos. Cuando señaló su propio rostro con la otra mano, Daniella dijo:

—No he traído gafas.

Tuvo que apuntar a sus ojos y agitar las manos a ambos lados hasta que el chófer pareció entender. Apenas se había abrochado el cinturón de seguridad cuando el coche viró con brusquedad, haciendo saltar guijarros en todas direcciones antes de salir disparado cuesta arriba. Tres escuálidos gatitos se salvaron al salir corriendo de la carretera, y después trotaron por el jardín de una ladera hacia una destartalada casa de campo frente a la cual había sentada una anciana de rostro moreno, arrugado y diminuto, y después

el pequeño pueblo quedó a la vista. La carretera serpenteaba entre los árboles, que guardaban su sombra para sí, aunque no el incesante y estridente chirrido de los insectos que parecía anunciar la llegada de Daniella por toda la isla. El conductor no levantó el pie del acelerador ni para tomar las curvas más cerradas, y ni siquiera clavar las uñas en el asiento ni apretar con fuerza los labios le sirvió de nada a Daniella. Cuando preguntó «¿Le importaría ir más despacio?», no consiguió más que descubrir a qué sabía el polvo. Cerró los ojos por si el hecho de no ver las curvas de la carretera servía para mantener el estómago en su sitio, si bien estaba lista para salir y seguir a pie (estaba dispuesta a tirar del freno de mano en caso de que el conductor no detuviera el coche al pedirselo), cuando lo sintió tomar una amplia curva antes de parar en seco dando un derrape que apestaba a goma quemada. Cuando se recuperó del susto oyó los pasos de alguien que calzaba sandalias, y un grito de saludo.

—¡Daniella!

Cuando abrió los ojos vio a Nana vestida del mismo blanco marmóreo que las casitas del pueblo corriendo por un sendero. Su melena rubia clareada por el sol rebosaba por fuera de una peineta de plata con joyas incrustadas y colgaba sobre su espalda, por encima de un vestido largo de seda amarillo como el centro de los girasoles que montan guardia en un pequeño laberinto de senderos que se extendiera a través de llanuras de flores azules y púrpuras, entre pinos y arbustos brillantes.

—¿Te ha gustado el paseo? Stavros —dijo Nana antes de iniciar una riña en griego—. A veces creo que quiere conducir igual que en la persecución de mi primera película.

Por aquel entonces tenía veinte años, dos décadas antes de que Daniella hubiera nacido siquiera. Cuarenta años no parecían haber hecho mucha mella en Nana, sin duda gracias, en parte, a los productos de cosmética que fabrica-

ba su empresa. Daniella abrió la abrasadora puerta y se apoyó en ella, después se agarró al brazo de Nana.

—¿Has traído equipaje? Deja que lo traiga él —dijo Nana poniendo una mano fría sobre la de Daniella—. Ahora dime qué te apetece. ¿Algo que te pueda ofrecer?

—Me... —Estuvo a punto de decir, entre jadeos, que se moría por beber algo pero la idea solo servía para secarle aún más la garganta—... Me gustaría tomar un poco de agua —respondió antes de apretarse contra el brazo de Nana.

Los ojos azul marino de Nana y su alargado y típico rostro se giraron hacia ella.

—¿Qué te ocurre?

—El paseo en barco no fue muy divertido.

—No era mi intención recibirte así, te lo prometo. Se llevaron mi barco para repararlo. Cuando lo traigan te enseñaré mi océano.

Sostuvo una sonrisa de disculpa mientras guiaba a su invitada por los tres amplios y bajos escalones que daban al espacioso edificio de una planta. El vestíbulo era más del doble de grande que la habitación de Daniella de su casa de York, y estaba amueblado con un par de sofás bajos y varios floreros de los que colgaban enredaderas. Daniella intentó no temblar por el frío que la envolvió de repente, pero no pudo evitarlo.

—Pobrecita, ¿qué te pasa ahora? —preguntó la anfitriona.

—Me preguntaba si podría echarme un momento. Puede que me esté afectando un poco.

—No te preguntaré el qué a menos que me lo quieras decir.

—Preferiría dejarlo para un poco más tarde.

—Como tú quieras. Acompáñame a tu habitación.

Daniella siguió agarrada al brazo de Nana mientras atravesaban el pasillo de mármol, pasaban junto a una puerta cerrada que había enfrente de un dormitorio de paredes

blancas teñidas de azul por la luz del sol que atravesaba las cortinas corridas y llegaban a una habitación similar.

—Ponte cómoda y avísame si necesitas algo —dijo Nana antes de salir con majestuosidad y cerrar la puerta.

Daniella se quedó en ropa interior y tiró la ropa sobre una silla de pino de respaldo alto y recto, dejó caer su reloj de pulsera sobre una mesa de patas achaparradas de la altura del colchón y por último se metió despacio bajo la sábana púrpura. Era fresca como una brisa otoñal. Se arremolinó y apoyó la mejilla contra la almohada. El mareo casi había desaparecido, cuando los pasos de Nana atravesaron el vestíbulo y cobraron más consistencia en el pasillo. Había empezado a incorporarse mientras Nana llenaba un vaso con el agua de una jarra helada que dejó sobre la mesa antes de sostener la cabeza de Daniella y acercarle el vaso de cristal a los labios. Se bebió la mitad del contenido y terminó de tragar mientras volvía a apoyar la cabeza en la almohada. La anfitriona colocó el vaso junto a la jarra y se inclinó para darle un beso seco en la frente. Daniella ya había cerrado los ojos cuando Nana le dijo algo desde la puerta.

—Descansa todo lo que necesites. Nadie sabe qué estás aquí excepto nosotros.

Anteriormente, Aquel mismo año

1

La sonrisa que el joven recepcionista del mostrador gris metálico con forma de herradura dedicó a Daniella no fue en absoluto profesional.

—¿En qué puedo ayudarle? —le preguntó.

—Quiero subir para darle una sorpresa a mi padre.

—Si yo fuera él me gustaría, pero tendrá que decirme quién es su padre.

—Teddy Logan.

—Señor Logan. —El recepcionista bajó un poco la cabeza para mirarla por debajo de las cejas, regalándole de cuando en cuando una hermosa vista de la turba húmeda y negruzca que tenía por cabellera. Una gota de fijador brillaba sobre el hombro derecho de su chaqueta sin cuello, la cual era un tanto más grisácea que el mostrador.

—Usted es su hija.

—Desde pequeña.

—¿Está estudiando para actriz?

—Algo de eso hay. ¿Se nota?

—Quizá la gente no se dé cuenta. Buen intento, pero se le ha escapado un detalle.

—A ver.

—El señor Logan es americano. Si le hubiera oído hablar lo sabría.

—¿Usted es nuevo, verdad?

—No tanto como para no saber hacer mi trabajo.

—No le gustará que se esfuerce tanto. ¿Por qué no lo llama y le dice que estoy aquí?

—Le están presentando el proyecto de una película.

—Entonces llame a su secretaria.

—¿Quiere decir que no sabe que ha salido a comer?

—Pues no, no lo sabía. Escuche, está usted haciendo muy bien su trabajo, pero...

El recepcionista le hizo una señal con el dedo para que se acercara hasta que Daniella se hubo acercado lo suficiente para que el olor a fijador le colapsara las fosas nasales.

—¿Cuánto me daría si dijera que me engañó?

—No mucho. Soy estudiante.

—No tengo pinta de necesitar su dinero, ¿o sí? Solo soy alguien con quien podría salir a cenar.

—Ya tengo novio.

—No debe de haber mucha confianza si no puede aceptar una invitación para salir una noche por la ciudad.

Daniella se había quedado preguntándose con resentimiento si lo decía por ella, cuando las puertas de cristal dejaron pasar el alboroto del tráfico de Piccadilly para después echarlo otra vez a la calle.

—¿Algún mensaje, Peter? —dijo la recién llegada.

—Nada para usted ni para el señor Logan, señorita Kerr —respondió antes de murmurarle a Daniella—: Es su secretaria.

—Ya lo sé. Hola, Janis.

—Hola, Daniella.

El recepcionista se esforzó por mantener la sonrisa mientras las palabras se le amontonaban en la boca:

—Discúlpeme, señorita Kerr, esta joven no es, quiero decir, es...

—Es la mejor producción del gran hombre.

—Sin duda alguna. ¿Le importaría acompañar a la señorita Logan a su habitación, señorita Kerr?

—Encantada —respondió Janis, aunque mantuvo apartada a Daniella con una mano entreabierta y tendida con desgana hasta que el recepcionista apartó la vista del sujetapapeles que, de repente, había encontrado de lo más interesante—. Aunque sea quien es, tendrás que darle un pase de visitante.

—Por supuesto. Es que estaba... —Menos mal, pensó Daniella, que Janis se fue hacia el ascensor sin esperar a que el muchacho balbuceara alguna explicación. Deslizó el libro de visitas por el mostrador para que Daniella firmara, y se bajó de su asiento para darle una tarjeta de plástico—. Lo siento —susurró.

—Le creo —dijo Daniella mientras Janis retenía el ascensor. Las puertas de la caja de espejos, llena de reflejos de Janis (alta, elegante, cetrina, cabello de color ébano, igual que en las películas de blanco y negro con efecto de satinado) y de ella (delgada, rostro demasiado redondo para resultar interesante de verdad, pequeña nariz que le molestaba por dar la sensación de que quería parecer mona, melena rubia en la que aún se mantenía el tinte rojizo del mes pasado), apenas habían terminado de cerrarse cuando Janis dijo:

—¿Algún problema con el nuevo mozo?

Daniella se acordó de cuando buscaba trabajos de verano, de lo complicado que a tanta gente le resultaba ganarse la vida.

—No —respondió.

Janis abrió su bolso de ante y sacó el lápiz de labios negro.

—¿Entonces qué te trae por la ciudad?

—Se suponía que iba a comer con mi madre, pero el sistema informático de una de las empresas de las que se encarga se vino abajo. Yo ya había salido cuando me llamó, así que pensé en aprovechar el ticket de todas maneras.

—Sé que el señor Logan se alegrará de ello. Le despejará un poco la cabeza —dijo Janis cuando las puertas se abrieron para darles paso a las oficinas londinenses de Oxford Films.

Una alfombra más verde que la hierba después de la lluvia les condujo por el largo y amplio pasillo. Unos carteles enmarcados de los años cincuenta mostraban gente de etiqueta y títulos que se hacían cada vez menos discretos a medida que se iba terminando la década, hasta que al final ya no eran más que aberraciones de color rojo chillón predecesoras del sexo que imperaría en los sesenta y los setenta. El rostro de Nana Babouris aparecía en algunos e iba cobrando mayor protagonismo a medida que los carteles se alejaban del sexo para ser más atrevidos y más lacrimógenos. Dos carteles de Help her to live (Nana radiante de orgullo tras perder una carrera de sillas de ruedas contra su hija adoptiva para el mercado británico, Nana alzándola sobre la silla de la niña para América) bordeaban la puerta de Janis; Daniella recordó haber gastado una caja de pañuelos cuando vio aquella película con diez años. Sonrió con ironía y se frotó los ojos mientras seguía a Janis al interior de la oficina.

Janis se sentó tras su amplio escritorio de pino y se estiró la falda de color carbón por encima de las rodillas, oscurecidas por las medias de nailon, al tiempo que pulsaba el intercomunicador.

—¿Señor Logan? He pensado que quizá le gustaría saber que su hija está aquí.

La respuesta se oyó por el altavoz y a través de la puerta que comunicaba ambas oficinas.

—Ahora salgo —gritó antes de abrir la puerta de golpe y salir. La camisa blanca hacía una montaña en el estómago,

aunque los botones no le tiraban mucho, sus brazos y sus relucientes ojos azules abiertos de par en par, sus espesas cejas forzando arrugas por su ancha frente y hasta las sienes, que solían estar cubiertas de pelo plateado. Abrazó a Daniella y le frotó la espalda hasta que le sacó la camiseta por fuera de los vaqueros, y ella se esforzó por igualar la calidez de su padre, sin conseguirlo.

—Yo también me alegro de verte —dijo con voz ahogada.

—Alegrarme es decir poco. No has cambiado nada. — Con cierta reticencia, como si todavía no acabara de creerse que Daniella estaba allí, le soltó y le llevó de la mano a su despacho—. Venga, tú harás de público —dijo.

Al otro lado de una ventana rodeada de carteles, un autobús sin techo pasaba sin hacer ruido y lleno de turistas, los cuales dieron la espalda a los Logan con tal sincronización que parecía una coreografía consistente en mirar desde Green Park hacia el Palacio de Buckingham. Sobre la armadura tubular de las sillas de delante y detrás del enorme escritorio de su padre había mullidos cojines de suave cuero negro. Un hombre con un maletín sujeto entre sus relucientes zapatos negros de piel estaba sentado con rigidez en el borde de una silla de delante del escritorio, como si tuviera miedo de relajarse.

—Isaac Faber. Quiere hacer películas —dijo su padre—. Isaac, le presento a mi única hija.

El hombre se levantó de un salto para estrecharle la mano, casi tirando el maletín, y volvió a sentarse en seguida. Su cabellera no estaba mucho más poblada que su mentón sin afeitar. Su mofletuda cara de jovenzuelo hacía cuanto podía para estar lista para lo que viniera a continuación, lo cual apenó a Daniella. Su padre se sentó en un sofá, dio unos golpecitos sobre el grueso cojín que había a su lado y dijo mientras Daniella se sentaba a su lado:

—Intente vendérsela a mi hija. Ella es su público objetivo.